

LA CIUDAD PLACIDA

I

BUENOS AIRES

El océano, que batía las playas de América, golpeaba como un látigo en los costados de la tierra. En otras partes se había vivido de la selva, del río, de la montaña. Acá se vivía del océano que lo transfiguró todo, trayendo semidioses conquistadores y llevándose el oro y las mentiras de este país de fábula.

Se venía embarcado, a embarcar en galeones los tesoros recogidos, y a disfrutar de los goces escondidos en las bodegas contrabandistas: Se esperaban las noticias por mar y por mar iban los pedidos y los pleitos hasta la corte ultramarina. Sin el océano, sólo quedaba el recurso de dormir el sueño colonial.

En el límite de las posesiones terrestres, sobre la línea de la costa, empezaba un país lindero y omnipresente. Empezaba Inglaterra. Aquel pueblo pequeño y poco numeroso, montado sobre sus barcos, como un jinete en el desierto, estaba en la frontera de todos los otros.

Desde la reja, el forastero hacía la corte a estas Indias cuidadas por un marido pundonoroso. Les dejaba el regalo de sus mercancías y el halago de sus requiebros. Después, se cerraba el postigo y el tentador desaparecía.

Quedaban las casas bajas; algunas calles empedradas; y la desnudez de la tierra tendida junto a las puertas en el resto de la ciudad. Era la tierra que llegaba de lejos, en los caminos que ataban como cuerdas las tablas del imperio. En el istmo de Panamá, los cargamentos pasaban de un océano a otro; y se

embarcaban nuevamente con rumbo al Callao. Desde allí, las pistas se internaban hacia Lima, Cuzco, Charcas, Potosí, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Córdoba; para desembocar de nuevo en el Atlántico, gracias a Buenos Aires.

Desde el punto de vista español, el imperio era un todo orgánico. Había sido fundado durante el siglo XVI por la España imperial de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II. Había tenido como punto de partida el propósito de descubrir un nuevo rumbo hacia China y la India. Al hacerlo se tropezó con un continente, y la tarea de trazar derroteros en el mar se completó con el empeño de trazar rutas en la tierra. Las ciudades del virreinato del Río de la Plata fueron naciendo a lo largo de cinco vías fundamentales, de las cuales la principal era la que permitía marchar desde las minas de Potosí hasta el Río de la Plata.

Durante dos siglos, desde 1580 hasta la fundación del virreinato, esa línea había sufrido numerosas interrupciones, en beneficio de los intereses limeños. La creación del virreinato había terminado con ese obstáculo, y la colonia florecía, permitiendo la salida al mar de numerosos productos, traídos a Buenos Aires a lo largo de los tres caminos que comunicaban la Capital con el Alto Perú, con Chile y con el Paraguay.

La escasa profundidad del río, en su costado occidental, impedía el acceso de los grandes buques hasta el puerto de Buenos Aires. Cuando el tráfico de la ciudad aumentó, después del tratado de Utrech (1713), fué conveniente suministrar a los navíos de mayor tonelaje un sitio seguro para descargar sus mercaderías, y hacerlas llegar a la llave de comunicaciones terrestres situada en la Capital. Montevideo, fundada en 1726, desempeñó este papel.

El imperio, detenido en su avance por la decadencia metropolitana, defendía su integridad en las colonias, que perfeccionaban el antiguo diseño y seguían alentando el viejo corazón ambicioso de Castilla. Al comenzar el siglo XIX, los 40.000 habitantes de Buenos Aires dialogaban con los 70.000 habitantes de Cádiz. Apostados en los dos extremos de la línea marítima

imperial sostenían los hilos del tráfico legítimo, siempre amenazado por las astucias de Inglaterra.

En las grandes ciudades, aficionadas al consumo de la riqueza, como Lima y México, el esplendor cortesano daba un tono rumboso a la vida social. En Buenos Aires, centro mercantil, de costumbres moderadas y cuentas sólidas, la atención se desviaba hacia el mundo de los negocios.

Aparecen los primeros periódicos y todos gritan en sus nombres la preocupación fundamental: “El telégrafo *mercantil*”, “El semanario de agricultura, industria y *comercio*”, “El correo de *comercio*”.

Durante dos siglos, esta necesidad de “abrirle puertos a la tierra”, que motivara la segunda fundación de Buenos Aires, ha estado en lucha con el mundo oficial, que protegía a los intereses limeños. Buenos Aires se siente vinculada a esa lucha por raíces congénitas y prefiere, en el fondo de su corazón, la fortuna burguesa de sus tenderos, al boato monárquico de sus funcionarios.

Pero la monarquía mantiene su andamiaje burocrático por encima de la colonia. Los cuatro virreinos y las tres capitánías generales forman un conjunto, dirigido desde Madrid, por donde va corriendo la carrera de los honores, saltando de un sitio a otro, borrando las preocupaciones locales y sometiéndolo todo al propósito centralizador del gobierno.

En la colonia, los pobladores primero y los historiadores después ven aparecer un funcionario nuevo, que transcurrido un tiempo abandona su cargo y se pierde. Pero en la vida real, ese funcionario suele ser un hombre con un pasado rico en servicios y en hazañas; y con un futuro más elevado todavía, en los cargos o en la historia del reino. La crónica local se desinteresa de él; pero la historia sigue fijando su atención en los hechos del personaje. Con estos hombres y con su séquito se forma la capa más elevada de la sociedad, la que tiene un rango importante dentro de la totalidad del imperio.

El primer virrey, don Pedro de Ceballos, se había distinguido en la guerra de Italia, conquistando el grado de briga-

dier a los 31 años de edad. Diez años después llegó al Río de la Plata con un refuerzo de 1.000 soldados para combatir a los portugueses; y al cabo de un lustro fué designado gobernador de Buenos Aires. Regresó a la península, después de obtener sonados triunfos militares; y en 1772 mandaba el ejército y provincia de Extremadura. En 1775 era comandante general de Madrid y su distrito. Al año siguiente fué nombrado virrey de Buenos Aires, en momentos en que la guerra con los portugueses llegaba a un punto crítico. Venció nuevamente al enemigo y regresó a España en 1778. Murió en ese año, cortándose la gloriosa carrera ascensional cuando ya poseía el más alto grado en el ejército.

Los sucesores de Ceballos ocuparon el cargo de igual modo, como un ascenso por sus anteriores servicios. Vertiz fué primero gobernador de Buenos Aires y luego virrey; Arredondo fué gobernador de Cuba y presidente de Charcas; don Pedro Melo de Portugal y Villena fué gobernador del Paraguay; Olaguer Feliú fué subinspector de las tropas del virreinato y gobernador de Montevideo; Avilés había desempeñado la presidencia de Chile; Joaquín del Pino fué gobernador de Montevideo, presidente de la audiencia de Chile y luego de la de Charcas; Sobre Monte fué secretario del virrey Vertiz; gobernador intendente de Córdoba y subinspector general de las tropas; Liniers fué oficial de la marina española, jefe de la escuadrilla de lanchas cañoneras del Río de la Plata y gobernador de Misiones; Cisneros ascendió por sus hechos de guerra, desde guardiamarina hasta jefe de escuadra, y en 1808 fué vicepresidente de la junta de Cartagena y capitán general de dicho departamento; Elio fué gobernador de Montevideo, inspector general de las tropas del virreinato y había sido designado presidente de la audiencia de Chile antes de ocupar el último solio virreinal.

Muchos de ellos continuaron su carrera después de haber gobernado en Buenos Aires. Arredondo fué capitán general de Valencia; Olaguer Feliú comandante general del ejército y de la provincia de Guipuzcoa, llegando a ocupar la secretaría de estado y del despacho de guerra; Avilés fué virrey del Perú;

Sobre Monte fué ministro del Consejo de Indias; Cisneros fué ministro de marina de España; y Elío fué jefe del quinto ejército levantado en la península contra las fuerzas invasoras de Napoleón, capitán general de Valencia, y jefe militar de la reacción absolutista al regresar Fernando VII a España.

Con estos antecedentes, no podía extrañarnos que Ruiz Huidrobo, ex gobernador de Montevideo, aspirase al cargo de virrey; o que Genaro de Villota, fiscal de la Audiencia de Buenos Aires, hasta 1810, ocupara el cargo de fiscal del Supremo Consejo de Indias hacia 1829, cuando Torrente escribía su historia. Vigodet fué capitán general de Castilla la Nueva y acaudilló a los liberales de Madrid en 1823; Michelena fué gobernador militar y político del Ferrol en 1825, y llegó a jefe de escuadra. Una realista decía al general Tomás de Iriarte en Chile, en 1841: "que bien le sentaría a usted la faja de general español, tanto como estimaban a usted en el ejército; qué buenos amigos tenía usted allí: La Serna, Valdés, Ferrer, Seoane, todos lo defendieron a usted cuando se fué a Buenos Aires; he presenciado fuertes disputas, muy acaloradas, a punto de llegar a las manos, entre sus amigos y los que censuraban el paso que había dado. ¡Qué carrera habría usted hecho! Todos ellos son tenientes generales o mariscales de campo y están colocados en los puestos más elevados: no se acuerda usted de Espartero (el duque de la Victoria) que no era entonces más que capitán de granaderos en el batallón de Extremadura. Todos ellos se protegen recíprocamente y usted estaría ahora muy alto" (1). Cada gobernador intendente podía sentirse un candidato a virrey, sobre todo si sus servicios a la corona, o sus vinculaciones en la corte eran importantes. Bernardo de Velazco, Juan Gutiérrez de la Concha, Francisco de Paula Sanz defenderían sus principios y su carrera.

El entronque metropolitano de los altos funcionarios coloniales se advierte con facilidad examinando su genealogía o su descendencia. Así el marqués de Sobre Monte fué bisabuelo de

(1) IRIARTE, Tomás de, *Memorias*, Buenos Aires, 1949, t. 7, pág. 298.

don Miguel Primo de Rivera marqués de Stella y dictador de España, don Juan Gutiérrez de la Concha es antepasado de los actuales duques de Fernán Núñez. . .

Junto a los virreyes y a los gobernadores intendentes existían altos empleados: asesores, secretarios, subinspectores, jefes de cuerpo, etc. Existían además: el supremo tribunal, la Audiencia, que vigilaba a los magistrados ejecutivos; y el Tribunal de Cuentas que fiscalizaba el manejo del tesoro real. Todos ellos, y la máxima autoridad eclesiástica, el Obispo, ocupaban el primer plano dentro de esta sociedad monárquica.

De Madrid llegaban las designaciones; y era necesario mover las influencias en la corte. De afuera llegaban también los designados. Ninguno de los virreyes había nacido en el virreinato y en algunos casos su residencia comenzaba con su mando.

Estaban de tránsito salvando uno de los escalones de la carrera burocrática, que terminaría quien sabe donde, en otro punto del imperio. La ciudad los veía pasar incorporando a su seno la familia de algún virrey muerto o de algún funcionario estancado. A veces un comerciante rico se enlazaba con los magnates forasteros; pero tales uniones estaban prohibidas por la ley.

Para los hijos de la localidad quedaba el acceso a las autoridades municipales, al tribunal de comercio, etc. El Cabildo, el Consulado y el Cabildo Eclesiástico forman una segunda capa discutidora y rezongona, colocada debajo de los virreyes, de los oidores, y de los obispos.

La vida lugareña, las vicisitudes mercantiles, el desempeño de las modestas funciones locales, eran todas las preocupaciones de este segundo sector, más numeroso y activo. La corte, con sus influencias y con sus prebendas, quedaba definitivamente atrás.

Un observador inglés advierte que los miembros del Cabildo "en su máxima parte eran individuos que por una mezcla de vínculos e intereses estaban destinados a concluir sus días en el suelo, y que habiendo dado un adiós eterno a Europa, habían así identificado sus bienes y felicidad con los de América del

Sur" (2). Su autoridad nace de sus antecesores en el puesto, es oriunda de la tierra, y pertenece en realidad a esa aristocracia de comerciantes y propietarios que elige dentro de su seno a los magistrados de la ciudad. No representan al virreinato, con todas sus provincias, representan a la ciudad, con sus intereses locales, a menudo antagónicos de los que preocupan al interior. Su fuerza está en ellos mismos, en su trabajo y en su riqueza, y miran con fastidio a estos altos funcionarios, generalmente pobres, protegidos de la corona, que disfrutan de los primeros honores.

Afuera golpea las puertas de la autoridad la masa anónima y pobre, el tercer sector de la población. Los artesanos de la ciudad, los hacendados rurales, desprovistos de la riqueza que abunda en tiendas y almacenes. Los negros esclavos y el proletariado de las campañas miran con despego a los bienes y a los cargos que no son para ellos. Pero adelante de los desheredados, encabezando la protesta, junto a los estrados que frecuentan, las clases universitarias y el clero subalterno, levantan su tormenta de papeles.

Dos mil quinientos hombres de tropa veterana, guardan 700.000 almas dispersas en un territorio inmenso. Se ha perdido el hábito de la guerra en la colonia plácida. Hay hombres que combatieron siendo muchachos a las órdenes de Pedro de Ceballos en la Colonia del Sacramento. La mayoría de ellos son, en el fondo comerciantes. Un comerciante rico, Miguel de Azcuénaga, que hizo sus primeras armas con Ceballos y Vértiz, es el jefe de las milicias. Un oficial veterano, de carrera, Miguel de Ochoateo, atiende el giro de su negocio.

De tiempo en tiempo suena la trompeta de guerra. Pero con Tupac Amarú, durante el mando de Vértiz, han terminado los combates en forma. Después sólo quedan precauciones y simulacros.

Se adoptan medidas defensivas contra los ingleses y contra

(2) GILLESPIE, Alejandro, *Buenos Aires y el interior*, traducción de Carlos A. Aldao, Buenos Aires, 1921, pág. 61.

sus aliados los portugueses. La lucha con los indios es más efectiva. Se investigan los movimientos revolucionarios que se adivinan en el fondo de esta sociedad un poco desteñida, que pronto ha de tomar el color vivo de la sangre.

A comienzos del siglo XIX, ocupaba el solio virreinal don Joaquín del Pino y podemos ver en la Guía de Forasteros de Araujo el elenco burocrático y militar de la colonia, en aquel año de 1803 (3).

En el palacio, junto a S. E., desempeñaba el cargo de secretario de Cámara don Manuel Gallegos; y ocupaba la asesoría general del virreinato don Juan María Almaro y de la Torre.

Formaban la Audiencia, don Benito de la Mata-Linares (regente); don Sebastián de Velasco, don Francisco Tomás de Antozegui, don Francisco Garasa, con Joaquín Bernardo de Camuzano y don Juan Bazo y Berri (oidores); don José Márquez de la Plata (fiscal de lo civil), don Manuel Genaro Villota (fiscal del crimen). Era chanciller de la Audiencia don Antonio José de Escalada; relator don Julián de Leyva, abogado defensor de lo civil don Juan José Paso; y de lo criminal don Vicente Anastasio Echeverría y don Joaquín Campana.

El Tribunal de Cuentas se integraba con don Diego de la Vega, don Francisco de Cabrera (contadores mayores), don Martín José de Altolaquirre (sustituto, ministro de Real Hacienda, jubilado), don Ramón de Oromí (supernumerario), don Lamberto de Sierra y don Fermín de Aoiz (honorarios). La contaduría y la tesorería general de ejército y real hacienda contaba con don Félix de Casamayor (factor), don Martín José de Altolaquirre (tesorero jubilado), don Domingo Reynosos (contador), don José María Romero (supernumerario), don Matías Bernal (honorario), don Antonio José Escalada (ensayador). La Aduana tenía como administrador a don José Proyet; contador a don Justo Pastor Lynch; y tesorero a don Pedro Viguera.

Ya era obispo, desde 1802 don Benito Lué y Riega.

(3) ARAUJO, José Joaquín de, *Guía de forasteros*, publicada por la Junta de Historia y Numismática, vol. IV.

El estado militar contaba con un sub-inspector general, el marqués de Sobre Monte, un teniente general Ramón García León y Pizarro, un mariscal de campo Miguel de Tejada; un jefe de escuadra don José de Bustamante y Guerra y cuatro brigadieres: el marqués de Sobre Monte, don Pascual Ibañez, don Bernardo Lecocq, y don José Ignacio de la Quintana. En la guarnición de Buenos Aires, era jefe de los Dragones el brigadier José Ignacio de la Quintana: jefe de los Blandengues su hermano don Nicolás; y jefe del Fijo el teniente coronel don Félix Iriarte, quien tenía a su lado como comandante a don Pedro de Arce y como sargento mayor a don José Ignacio Merlos. La artillería estaba a las órdenes del coronel Orduña y los ingenieros a las del brigadier Lecocq. Las milicias disciplinadas de infantería tenían por comandante a don Miguel de Azcuéna; y las de caballería a don Juan Ignacio de Elía. Era comandante de los Inválidos don Alonso Quesada.

Debajo de esta capa superior del mundo oficial, con su cohorte de subalternos, el Cabildo y el Consulado asomaban su cara burguesa chumbando a los protegidos de la monarquía. En ese año, el Cabildo reiteraba sus hostilidades contra la Audiencia a propósito del ceremonial observado durante la fiesta de San Martín, patrono de la ciudad.

Integraban el cuerpo municipal don Antonio García López (alcalde de primer voto), don José Riera (alcalde de segundo voto), don Francisco de la Mata Bustamante, don Francisco de Lezica, don José Hernández, don Juan Antonio Zelaya, don José Mateo de Echavarría y don Manuel Ortiz Basualdo (regidores); y don Cristóbal de Aguirre (síndico procurador general).

Eran miembros del Consulado don Ventura Lorente Romero (prior) don Pedro Duval y don Ramón Ximenez (cónsules); don Martín de Alzaga, don Francisco Castanon, don Román Ramón Díaz, don Antonio Piran, don Jaime Nadal, don Tomás de Balenzategui, don Roque Burogorri, don José Rubio y don Anselmo Saenz Valiente (conciliarios). Era síndico de la institución don Francisco Antonio de Escalada; y secretario de la mis-

ma don Manuel Belgrano, cuyo suplente era don Juan José Castelli.

Las discusiones acerca del régimen económico se filtraban en el Consulado, de reciente data, pues había nacido en 1795.

El mar traía veleros con sus bodegas llenas de telas, de vinos, de negros esclavos. En el año 1802 entraron en el puerto de Montevideo según Araujo, 188 buques procedentes del extranjero o de España y 648 embarcaciones costeras.

Junto al rebaño de barcos mercantes vigilaba una débil fuerza naval: la fragata "Medea", de 40 cañones; las corbetas, "Descubierta" y "Atrevida", de 20 cañones cada una; y algunos buques menores: "El Belen", "El Galvez", "Nuestra Sra. del Carmen y Animas", "Nuestra Señora del Carmen y San Antonio".

Estas eran las piezas que empezaban a moverse, en el tablero colonial, en la decisiva partida que rompería la vieja placidez de la ciudad mansa.

II

REVOLUCIONES

Colón había atacado los viejos conceptos y había roto la cadena del mar. Traía sus barcos repletos de condenados que marchaban hacia la redención. El arbitrio se había desbocado sobre las nuevas tierras, atropellando los derechos extraños y proclamando el imperio de los conquistadores. Muchas veces fué imposible o peligroso frenar el desenfreno. Bernal Díaz de Piza, Francisco Roldán, los Porras, Gonzalo Pizarro, Irala, los Contreras, los descendientes de Hernán Cortés, sentían levantarse su propio derecho de conquista frente al derecho del rey. El botín se repartía bien o mal y se jugaba a los dados o a las espadas. Junto a las minas de Potosí la codicia y el atropello multiplicaban su impulso: y las doce naciones que habitaban la villa se dividían en bandos armados, alrededor de los opulentos vascos o de los rebeldes criollos.

Los hijos del país se levantaron en 1580, en la ciudad de Santa Fe, durante la vida de Garay; y los mancebos de la tierra ensangrentaron la villa imperial de Potosí, en 1622, durante la guerra de los "vicuñas".

Atrás quedaban la revolución de los comuneros de Castilla; las rencillas de aventureros de todos los tiempos: el hombre. Es la misma historia, desde Gonzalo Pizarro hasta el Cid; y desde el Cid hasta Adán. No hay que buscar las causas de los hechos históricos. Hay una sola causa, detrás de la cual no existen otras, y que corta invariablemente la cadena causal: la voluntad libre.

La presencia de la libertad basta para explicar todas las grandes conmociones. El hombre necesita para ser libre que no lo aten cadenas exteriores, y por el contrario, que el mundo exterior se someta a su propia voluntad. De allí dos fuertes sentimientos: el deseo de independencia y la ambición de poder.

El poderoso llega a la cumbre de su arbitrio, haciendo que su libertad desborde sobre las otras; y sofoque el derecho de los demás. Por eso, los demás le oponen su deseo de independencia, que es el programa mínimo de todo individuo en la lucha política por la conquista de sus derechos. El programa máximo solo tiene un límite, la omnipotencia absoluta y el imperio universal.

Libertarse y libertar a los otros de las cadenas políticas o naturales, del dolor y del infierno; sujetarse y sujetar a los otros con cadenas morales o políticas: ese es el plan. El imperio universal o la liberación universal: la salvación.

Según las épocas, los lugares y las circunstancias, los proyectos de independencia o de poder se ven obstaculizados o favorecidos por elementos exteriores. Esos proyectos no nacen de estos elementos; existen de antemano y se sirven de ellos para el fin perseguido. Estos no son una causa, son un medio, un instrumento, una palanca, un resorte, puestos al servicio de la voluntad que lucha por su imperio.

La revolución está en los hombres esperando la oportunidad para desbordarse; y si estalló en México, en 1659, bajo la

dirección de Guillermo Lombardo de Guzmán, o en el Paraguay, en 1717, con las argucias de Antequera, fué sin duda porque no necesitaba esperar a 1789 o a la invasión napoleónica. Pero la revolución francesa y la invasión napoleónica le dieron armas nuevas, ideas claras, oportunidades mejores.

El deseo de poder y el deseo de independencia alternaban su influjo y se disputaban el tablero histórico.

En el siglo XVIII los estados se agrupan con el objeto de atacarse. La guerra de Sucesión de España, las guerras de Polonia; la de la Sucesión de Austria y la guerra de los Siete Años van desprestigiando la autoridad política de los gobiernos, mientras el ascendiente de la vida privada y de los derechos individuales crece al calor de enciclopedistas y fisiócratas. Por esa época los francmasones ingleses se organizaron en una nueva entidad, tendiente a la construcción de un edificio moral más perfecto.

América sigue el ritmo del movimiento universal.

En el año 1750 se subleva el pueblo de Caracas contra la Compañía de Guipuzcoa; mientras los criollos de Potosí obtienen la mitad de las plazas en el Ayuntamiento de la ciudad. El 2 de julio de 1751 el rey de España toma medidas contra los francmasones; y en febrero de 1767 su sucesor expulsa a los jesuitas. El vaivén político favorece la agitación. La orden de Jesús, el más importante de los instrumentos de cultura que existía en América, se transforma en un foco de sedición.

El alzamiento de las colonias inglesas de norteamérica y la alianza de ellas con España desde junio de 1779, arroja sobre el imperio hispano-americano dos nuevos factores de descomposición: el ejemplo yanqui y la venganza inglesa. Desde entonces la obsesión del enemigo británico martiriza a los funcionarios coloniales.

Gobernaba en el Río de la Plata don Juan José de Vértiz, y sus disposiciones defensivas documentan bien el estado militar del territorio amenazado.

“La situación de la ciudad y puerto no permite se acerquen embarcaciones grandes para hacer desembarco y es pre-

ciso lo ejecuten desde mucha distancia en botes, canoas o cosa equivalente" (1).

"Convendrá tener, con la mayor reserva, exacta noticia de las carretas, carros, carretillas, bueyes, caballos, mulas, peones y demás preciso, que se podrá juntar en pocos momentos para retirar hacia Córdoba los archivos, pólvora y lo que se pueda del tren de artillería; pero muy particularmente el tesoro del rey y particulares, como también la plata, joyas y demás muebles del vecindario y comercio, siempre que se tenga noticia o sospecha de que los enemigos se dirigen a atacar la ciudad o esta banda del sud, se despacharán chasques al Comandante interino y sargentos mayores de la campaña, para que con el mayor número posible de blandengues y milicias acudan a esta ciudad o a la respectiva costa que se les haya señalado, apercibiendo a todos al más cabal desempeño de su obligación, sacrificando su vida por la religión, por el rey y la patria" (2).

Se depositaba toda la esperanza en la tropa veterana, profesional, porque se desconfiaba del pueblo, contaminado por las ideas revolucionarias, que en aquel tiempo se manifestaban visiblemente con motivo de la sublevación de Tupac Amará: "Debo también enterar a V. S. del poquísimos socorro, que pueden dar las milicias en cualquier caso de invasión, para que se conozca más la necesidad de tropas regladas... La mayor parte de esta gente aborrece el servicio, la sujeción y vida culta, porque reina en ellos la desidia y son naturalmente vagantes: rehúsan concurrir a las salidas contra los enemigos, aun citados para su propia defensa, la de su casa, familia y hacienda, y en campaña no tiene límite su desertión, particularmente los solteros, por la facilidad con que subsisten en los campos por la abundancia de caballos, ganado y caza... La Capital de Buenos Aires y su costa de norte a sur, si se verifica la expedición de los ingleses, no tienen otro recurso para su defensa que este cuerpo de milicias disgustadas y vacilante su obediencia por imitar a las gen-

(1) BEVERINA, Juan, *El virreinato de las Provincias del Río de la Plata. Su organización militar*, Buenos Aires, 1935, pág. 420.

(2) BEVERINA, Juan, *Ob. cit.*, pág. 421.

tes del Perú, por lo que no se ha tenido por conveniente trasladar alguna parte de ellas a esta plaza" (se refiere a Montevideo) (3).

Había tomado disposiciones para facilitar una retirada al interior en la Banda Oriental: "ordenando bajo graves penas retiren sin dilación, tierra adentro, las familias, ganados, víveres y cuanto pudiera favorecer a los contrarios, quemando los ranchos, dando fuego al campo para imposibilitarles la subsistencia y que nuestros ganados no vuelvan a la querencia" (4).

(3) BEVERINA, JUAN, *ob. cit.*, pág. 415. Esta desconfianza era muy natural. Jardé observa: "La proporción de los periecos en el ejército, no podría servirnos de base para el cálculo, porque los espartanos, que desconfiaban de sus súbditos, no han armado jamás tantos periecos como hoplitas podía proporcionar esta clase". A. JARDE, *La formación del pueblo griego*, trad. de Vicente Clavel, Barcelona, pág. 174).

(4) BEVERINA, JUAN, *ob. cit.*, pág. 412. Este sistema de hacer el vacío alrededor del invasor era el que parecía más razonable. Así un autor inglés dice: "La seguridad de Sud América, en consecuencia, estriba más en su alejamiento de Europa y en la ausencia de todo esfuerzo naval o militar que sea posible dirigir contra ella por España, que en sus medios positivos de defensa.

"La primera conquista de sus principales ciudades sería relativamente fácil; pero mantener esta conquista mediante provisiones transportadas constantemente de Europa, sería tarea gravosa si no imposible. La extensión inmensa de tierras incultas interpuestas entre las ciudades, la facilidad de subsistencia que tienen los naturales en el interior, gracias al ganado que arreen, y el sistema de guerrear irregular y de merodeo que, sin comprometer nunca acciones decisivas, pueden sostener durante años, cansaría tarde o temprano la paciencia o agotaría los recursos de cualquier fuerza regular y costosamente equipada que se enviase contra ellos. Desolarían el país, echarían los habitantes a los bosques, llanuras y villorrios del interior; pero sería difícil y fastidioso conquistar el país de manera permanente; cosa imposible para España y que verosíblemente no se intentará por otra potencia europea". (JUAN Y GUILLERMO PARISH ROBERTSON, *La Argentina en la época de la revolución*, traducción de Carlos A. Aldao, Buenos Aires, 1918, t. I, pág. 82.

"La Prensa Argentina", en su número 48 y siguientes publicaba la copia de un oficio que don Fray Francisco Gil de Lemos, siendo virrey de Lima, antecesor de Abascal, pasó al capitán General del reino de Chile sobre el estado en que se encontró el virreinato de Lima, y sobre hacer ver lo inútil que eran las plazas fuertes en América en los puertos y costas, temiéndose en aquel tiempo la invasión de los ingleses o franceses que con solo, en caso de desembarco de alguna expedición, volver la cara al enemigo y cortarles los auxilios del país, eran sitiados y vendidos los extranjeros. (ANTONIO ZINNY, *Bibliografía periodística de Buenos Aires hasta la caída del gobierno de Rosas, etc.* en "Revista de Buenos Aires", reimpresión, t. XII, pág. 271).

Pueyrredón, en 1818, estudiaba el proyecto de una emigración total de la Capital, ante un posible ataque irresistible y terminaba diciendo: "Lo único para que pueden darse reglas preventivas de transporte es

El primero de enero de 1780, entró a desempeñar la secretaría del virreinato don Rafael de Sobre Monte, a quien cupo en suerte poner en práctica estas disposiciones del virrey Vértiz veintiséis años después.

Enfrente de los conquistadores se encontraban las razas venidas: los indios y los negros esclavos. Junto con la sublevación de las colonias inglesas se produjo el levantamiento de los indígenas en el Alto Perú, con Catari en agosto de 1780, y con Tupac Amarú en noviembre del mismo año.

para todo el armamento, artillería y municiones sobrantes. Un repuesto de estos artículos a prevención en la ciudad de Córdoba, siempre sostenida nuestra esperanza contra los reveses de la suerte. Esta ciudad sería entonces el punto de reunión donde se recogiesen todas las fuerzas dispersas de estas provincias, y formasen una barrera difícil de romperse por el enemigo. Cierto es que en este caso quedaría la capital bajo su yugo; y cierto es también que habría poco que esperar de algunos descontentos; pero hay males tan desesperados que sólo admiten por remedio el sufrimiento. Si esta reflexión es triste, a lo menos es justa''. (MUSEO MITRE, *Documentos del Archivo de Pueyrredón*, Buenos Aires, 1812, t. III, pág. 246).

Pero la opinión más autorizada es la del propio general San Martín que en carta de fecha 20 de diciembre de 1845 al general Rosas publicada en la "Gaceta Mercantil" del 17 de octubre de 1846, a propósito de la entonces reciente intervención de Inglaterra y Francia en la República Argentina dice: "Si los dos poderes determinasen llevar más adelante sus hostilidades, es decir, a declarar la guerra, no tengo duda que con más o menos pérdida de hombres y dinero, podrían obtener la posesión de Buenos Aires (aunque el tomar una ciudad resuelta a defenderse es una de las más difíciles operaciones de la guerra); pero aun después de haber conseguido esto, estoy convencido que no podrían conservarse por ningún tiempo en la capital. Se sabe bien, que el elemento principal, o casi podría decir, único del pueblo, es la carne que igualmente que, con la mayor facilidad se puede retirar todo el ganado en muy pocos días, muchas leguas al interior, como también los caballos, y todos los medios de transporte. En una palabra, que se puede formar un vasto desierto, impracticable al tránsito de un ejército europeo, que se expondría a tanto mayor peligro cuanto más crecido fuese su número... Finalmente, con una fuerza de siete u ocho mil hombres de la caballería del país, y veinticinco o treinta piezas de artillería volante, que el general Rosas mantendrá con la mayor facilidad, podrá perfectamente, no solo sostener un sitio riguroso en Buenos Aires, sino también impedir que ningún ejército europeo de veinte mil hombres penetre más de treinta leguas de la Capital sin exponerse a ruina total, por falta de recursos necesarios. Tal es mi opinión, y la experiencia probará que es bien fundada, a no ser (como se debe esperar) que el Ministerio Inglés cambie su política". (ANTONIO ZINNY, *La Gaceta Mercantil*, resumen de su contenido, Buenos Aires, 1912, t. III, p. 167).

La victoria de Rusia sobre Napoleón prestigiaba esta estrategia.

La revolución tenía un clima propicio. En marzo de 1780 se habían levantado en Nueva Granada los comuneros del Soororo; en 1781 ocurrió el levantamiento de Ururo; en este último año las expresiones de descontento llegaban hasta Mendoza.

Derrotado y muerto Tupac Amarú, aun pudo alzarse Tupac Inga Yupanqui en 1783; y aún se produjeron tumultos populares como el de Chuquisaca en 1786.

En diversos lugares y especialmente en México, los indígenas se mostraban inquietos. Pero la mano de los blancos mantenía seguras las inflexibles riendas.

Era allí, entre los arios, donde debía buscarse al verdadero enemigo. El 1º de junio de 1783, Francisco Miranda huía de la Habana iniciando sus peregrinaciones de conspirador. Miranda e Inglaterra fueron quizá la mayor preocupación de España.

En esos momentos escribía Aranda a Floridablanca: "Me he llenado la cabeza de que la América meridional se nos irá de las manos"... "Si nos aborrecen, no me admira, según los hemos tratado; si no la bondad de los soberanos, las sanguijuelas que han ido sin número... y no entiendo que haya otro medio de retardar el estampido que el de tratar mejor a los de allá y a los que vinieren acá" (6).

Pero Francia reservaba en 1789 una terrible sorpresa. La revolución francesa extendió su contagio a las colonias americanas, ya por medio de los residentes franceses, o de sus simpatizantes españoles y criollos; ya por vía de las tripulaciones que montaban los barcos de la república y tocaban los puertos americanos.

En 1790, Nariño y Montufar fundaban en Quito la Escuela de la Concordia. En 1794 una lluvia de pasquines se desató sobre el continente: el 19 de agosto en Bogotá, el 21 de octubre en Quito; por los mismos meses en México. En febrero de 1795, el marqués de Sobre Monte, gobernador intendente de Cór-

(6) FERRER DEL RÍO, ANTONIO, *Historia del reinado de Carlos III en España*, Madrid, 1856, t. III, pág. 406 y LAFUENTE MODESTO, *Historia general de España*, Bs. As., 1888, 6602.

doña, daba cuenta de la causa seguida por su modo libre de hablar a don José María Caballero.

Nadie podía extrañarse de que en la colonia francesa de Haití se sublevaran los negros en 1791. También ellos pedían igualdad, libertad y fraternidad. En Coro, Venezuela, siguieron este ejemplo los esclavos en mayo de 1795; y en el mismo año los residentes franceses de Buenos Aires tramaron un complot en combinación con la gente de color. La amenaza subsistía a comienzos del siglo XIX; y en 1800 se advirtió que los esclavos de Montevideo, influenciados por sus hermanos de sangre que tripulaban los barcos franceses, dejaban entrever una extraña soberbia (6).

En la información levantada por el Cabildo de Buenos Aires en 1806, referente a la toma de la ciudad por los ingleses, se guarda silencio acerca de la actividad de los pardos, indios y morenos en la defensa contra Beresford. Sólo se sabe, que dos negros utilizados por Arce para llevar sus alimentos lo hicieron deficientemente. Las tareas de aprovisionamiento, confiadas a los negros, se realizaron mal; aunque los cuerpos respectivos fueron convocados por el teniente Pino.

Acaso creían que los ingleses venían a rescatarlos. Caída la ciudad comenzaron a fugarse de las casas de sus amos, hasta que Beresford por medio de un bando les impuso la antigua obediencia.

Esto prueba que los negreros ingleses proclamaban la seriedad de su comercio; pero la "mercancía" desengañada tomó su desquite en la reconquista y en la defensa.

El virrey del Perú manifestaba en carta reservada de 18 de julio de 1799 su confianza en la imposibilidad de organizar

(6) Véase la documentación citada por PEDRO TORRES LANZAS, *Independencia de América*, Madrid, 1912, t. I, pág. 117 y ss. En general esta obra consigna, por orden cronológico, casi todos los movimientos que precedieron a la independencia. RICARDO CAILLET-BOIS, *El Río de la Plata y la Revolución francesa 1789-1800*; en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1941, vol. V, primera sección, especialmente págs. 47 y 52.

una sublevación con los negros, dentro de su virreinato, por la distancia que había entre las haciendas.

Sobre este fondo oscuro de indios y morenos cabalgaba la sedición criolla. Los mismos españoles le prestaban auxilio, ya por tener ideologías liberales, ya por el rigor de las circunstancias. En la noche del 3 al 4 de junio de 1797 los españoles reos de estado que se encontraban presos en la Guayra, se evadieron de la cárcel. Juan Picornell, Manuel Cortés y Sebastián Andrés marcan un punto de la línea del liberalismo español, que se conecta con la revolución americana; ya fuera la de Manuel Gual en Venezuela y en aquellos días, ya otras posteriores que culminan en el movimiento de Riego, donde abortó la expedición organizada para dominar América.

A partir de 1779, Inglaterra tenía sobrados motivos para acentuar la política de seducción y de propaganda subversiva que le servía desde antaño para disputar el mercado hispanoamericano.

El contrabando inglés filtraba en los puertos mercaderías y pensamientos. Tierra adentro, entre las poblaciones indígenas, la leyenda asociaba el nombre de los ingleses a la redención de los sometidos. Una esperanza análoga iluminó, quizá, la noche de los negros en Buenos Aires el 25 de junio de 1806.

El 29 de agosto de 1793, el virrey Arredondo comunicaba al duque de Alcudia, que se había sorprendido una conversación entre dos capitanes ingleses, en la que uno de éstos había afirmado que era natural que Lima fuese la primera tierra que se independizase y después Buenos Aires (?).

Solo faltaba la decisión americana. En la Paz se produjeron alteraciones del orden, desde 1795 (*). En 1800 las amenazas de los provocadores llegaron hasta la guardia del fuerte de Buenos

(*) TORRES LANZAS, PEDRO, *ob. cit.*, t. I, pág. 87, n° 286.

(*) LEVENE, RICARDO, *La revolución de Mayo y Mariano Moreno*, 3ª edición, Buenos Aires, 1949, t. I, pág. 294 y ss.; PEDRO TORRES LANZAS, *ob. cit.*, n° 365; REVISTA DE BUENOS AIRES, *Diario de los acontecimientos de julio de 1809*, reimpresión, t. 22, pág. 169.

Aires. El virrey Avilés dispuso medidas de defensa (9). En Montevideo se notaban síntomas concomitantes y la llegada de los barcos franceses, aliados, traía nuevas preocupaciones a las autoridades coloniales.

“En el año último pasado —1800— llegó a Montevideo una división francesa, compuesta de tres fragatas de guerra, que habían hecho el corso en las costas de Africa. Entraron en Montevideo a proveerse de víveres y componer uno de los tres buques. No me es muy grata su llegada, porque siendo una nación gobernada por unos principios tan opuestos a los nuestros, así en materias de religión como en lo político y civil, debía recelarse algún contagio, que, sin duda, hubiera resultado, a no ser tan leales estos habitantes. Me fueron incómodos por las solicitudes de querer vender sus efectos, que les negué, por no haber querido admitir resguardos a su bordo y por los muchos gastos que fué preciso sufrir por el suplemento de seis meses de víveres y los demás que se emplearon en el reparo de los buques. Permaneció en el puerto algunos meses. A poco tiempo de la salida de éstos llegó otra de la misma nación, compuesta de una corbeta y otros dos buques menores, armados también en corso, mandados por el ciudadano Burdichon, de carácter moderado, y por consiguiente, su tripulación más subordinada y sin aquel orgullo de los de la división que le había precedido” (10).

El Río de la Plata, con los primeros tanteos del comercio libre, ya con diversos puertos de la península, ya con las colonias extranjeras (especialmente el Brasil), ya con los neutrales, iba logrando un florecimiento palpable.

Después de la ejecución de Luis XVI, el 21 de enero de

(9) CANTER, JUAN, *Las sociedades secretas y literarias*, en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *ob. cit.*, vol. V, primera sección, pág. 190. Cita la memoria dirigida al Excmo. Señor Secretario del Estado por don Miguel de Lastarria sobre la organización y plan de seguridad de las provincias de la Plata, en ARCHIVO GENERAL DE INDIAS, Sevilla: *Papeles de Estado*, Buenos Aires, I-47.

(10) AVILÉS, MARQUÉS DE, *Memoria del Virrey Avilés*, publicada en ANTONIO ZINNY, *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*, edición “La Cultura Argentina”, Buenos Aires, 1920, t. I, pág. 61 y ss., el texto citado en la pág. 79.

1793, estalló la guerra entre España y Francia (4 de marzo de 1793), y los ingleses fueron aliados de la metrópoli hasta la paz de Basilea, concertada con Gran Bretaña el 5 de abril de 1795, y firmada por el representante de Carlos IV el 22 de julio del mismo año.

Las colonias perdían el breve respiro que les suministró la asociación con los dueños del mar. Se volvía a lo antiguo; y la amenaza inglesa inquietaba a los puertos.

El comercio de Buenos Aires buscó salida para sus productos. Acababa de fundarse el Consulado, o Tribunal de Comercio, verdadera junta de fomento, cuyo secretario, Manuel Belgrano, recién llegado de España, traía la enseñanza de las sociedades de amigos del país, que trabajaban por el esplendor de la península, difundiendo las ideas de Floridablanca, de Campomanes, y, especialmente, de Jovellanos, quien acababa de leer su informe sobre la ley agraria.

El comercio con las colonias extranjeras permitido el 4 de mayo de 1795 y el comercio con los neutrales, autorizado en 18 de noviembre de 1797, servía en esta ocasión de válvula de escape a las necesidades mercantiles.

Los negros, suministrados por Inglaterra, venían en otros barcos, o en los mismos ingleses disfrazados de norteamericanos. Los productos locales de Buenos Aires, especialmente los cueros, salían de retorno por las vías legales, o por los atajos ilegales.

El tráfico aumentaba y se advertían las deficiencias naturales del puerto, de escasa profundidad, adonde sólo podían entrar naves de poco calado. Los grandes buques se detenían en Montevideo, y desde allí los cargamentos eran remitidos en lanchas a la Capital.

El Consulado trató de fomentar el puerto de la Ensenada, en esta banda del río, para librarse de la servidumbre montevidiana. Los comerciantes de Buenos Aires querían que los buques llegaran a la puerta de sus almacenes.

Comenzó entonces una lucha de intereses que explica las rivalidades y las disidencia políticas posteriores.

La paz de Amiens, en 1801, alteró la situación comercial.

Desaparecieron las razones de emergencia para favorecer el tráfico con neutrales y reaccionó la tendencia monopolista. Los productos locales de la provincia de Buenos Aires, las crecientes actividades agrarias, sufrieron un verdadero golpe. Resucitaban los argumentos en favor de un trato exclusivo con la metrópoli, para quien se reservaban celosamente los metales de Potosí y de Chile, que se embarcaban en el Río de la Plata.

Pero las minas de Potosí decaían; y las medidas para evitar la evasión de la plata hacia las potencias extranjeras era ilusoria. En cambio la protesta de la creciente industria agropecuaria iba ablandando la fidelidad de la colonia.

El marqués de Avilés en 1801 y el de Sobre Monte en 1805 advierten la amenaza y se preparan a contrarrestarla.

La armazón colonial está firme y acaso pueda resistir mientras no la perturben acontecimientos exteriores. Las autoridades superiores y su "entourage" responden a la corona.

Avilés prepara los cañones del Fuerte contra enemigos invisibles; y no habrá de cerrarse el primer quinquenio del siglo XIX sin que el hilo de la sedición apunte en 1805, en algún papel descubierto sobre alguna mesa del café del Colegio.

Se inicia la pesquisa del oidor Bazo y Berri, mientras la noticia de movimientos sediciosos en el Cuzco y en La Paz acentúa la intranquilidad ⁽¹¹⁾.

La derrota de Trafalgar, en ese año de 1805, aisló a España de sus colonias desde el punto de vista militar. Era una excelente oportunidad para apoderarse del continente americano, desconcentro de la metrópoli y protegido por escasa fuerza veterana.

Las colonias se preparaban a recibir el golpe. En 1801 se hacen maniobras militares simulando un ataque inglés al puerto de Montevideo. Las tropas defensoras actúan bajo el mando del sub-inspector general, marqués de Sobre Monte. Los invasores atacan a las órdenes del capitán de navío Santiago Liniers y de su segundo Gutiérrez de la Concha.

Es el 20 de febrero de 1801. Los enemigos desembarcan al

⁽¹¹⁾ LEVENE, RICARDO, *ob. cit.*, t. I, pág. 303 y ss. y t. III, pág. 74.

amparo de los navíos, que cubren la costa con el tiro de sus cañones. Sobre Monte los deja hacer, pero luego, cuando intentan marchar sobre la ciudad, los ataca obligándolos a refugiarse en los buques. Esto va bien.

Sólo se trata de averiguar si la función académica resultará factible con el enemigo de carne y hueso.

Durante la guerra de las naranjas, en el mismo año, los portugueses avanzan sobre la Banda Oriental; y las tropas al mando de Sobre Monte los obligan a repasar la frontera, sin necesidad de luchar.

Los soldados no han visto a su general en una batalla auténtica. Desde 1780 vive entre ellos, despachando expedientes y tomando resoluciones útiles. Hay poca fuerza veterana y es necesario aumentarla con otras de igual clase. Además, como fuerza auxiliar, se organizan las milicias: 14.041 hombres para todo el virreinato, de los cuales 3.083 para Buenos Aires y su campaña y 2.482 para la Banda Oriental.

De estos 5.400 hombres, aproximadamente, que formaban las fuerzas auxiliares en el litoral, 1.200 eran necesarios para las plazas de Buenos Aires y Montevideo; otro tanto para la frontera con los indios; 1.200 para Corrientes, Cerro Largo y el Yi y el resto de 1.800 para una fuerza móvil que vigilara las costas, aunque de una manera defectuosa "a causa de hallarse siempre número considerable de ausentes en sus tráficos y sementeras" (12). El resto de los 14.041 hombres debía distribuirse en el Alto Perú, en el Paraguay y en el Tucumán.

La bandera de enganche para veteranos, en la Coruña, no daba el resultado apetecido; y la formación de estas milicias auxiliares no podía suplir la ausencia de fuerzas de línea. Pero con verdadero celo y a pesar de la general resistencia, se había hecho la leva de milicianos en 1803, y el sub-inspector general podía afirmar que, en este renglón, había sido superada la organización precedente.

(12) GARCÍA DE LOYDI, LUDOVICO, *El virrey marqués de Sobre Monte*, Buenos Aires, 1930, pág. 203.

Miranda en 1805 intentó infructuosamente libertar a Venezuela. Beresford en 1806 cayó sobre Buenos Aires.

El despego de los criollos se puso de manifiesto en la defensa de la Capital: ya en el poco ardor de las milicias de caballería, ya en el escaso número de voluntarios que se presentaron en el Fuerte y que no llegaron a 4.000 (entre ancianos, adultos, jóvenes y niños), en una ciudad cuya población superaba las 40.000 almas (13).

Pueyrredón y otros caudillos criollos trataron de gestionar la ayuda inglesa para la emancipación del virreinato. La adivinación dudosa y se decidieron a expulsar al intruso.

El pueblo y las fuerzas veteranas llegadas de Montevideo castigaron al invasor. Hubo que armar al pueblo dotándolo del instrumento necesario para la futura revolución.

La invasión napoleónica, en 1808, puso a España fuera de combate, y dejó las colonias a merced de sus habitantes. De tumulto en tumulto, los mismos españoles enseñaron el camino, con la erección de juntas en la metrópoli y dieron el ejemplo, con su resistencia a los virreyes de México y de Buenos Aires.

(13) Declaraciones de José Fernández de Castro y de Manuel Ortiz Basualdo en la Información levantada por el Cabildo sobre la rendición de la ciudad (ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *División Colonia, sección Gobierno, Información por la rendición de Buenos Aires* (9, 30, 2, 5).

Fernández de Castro dijo: "Que habiéndose avistado en la mañana del 25 de junio próximo pasado once embarcaciones como a distancia de cinco leguas al Este de este puerto, la Fortaleza hizo señal de alarma con tres cañonazos y en seguida se tocó generala, a cuya novedad concurrió el pueblo, reuniéndose en este solo punto más de mil ochocientos hombres de lo más lucido del vecindario."

Ortiz Basualdo dijo: "a eso de las nueve, se dió licencia a las tropas para ir a descansar, con la orden de ocurrir a la primera señal de alarma, la que se hizo a poco más de dos horas, siendo en esta vez doble el número de voluntarios que se presentaron en la Real Fortaleza."

Entre los que acudieron había ancianos (declaración de Juan Pedro Joubert); niños (declaración de Juan Bautista de Otamendi); jóvenes de poca edad (José Pereira de Lucena).

La información ha sido publicada por JUAN CORONADO, *Invasiones inglesas al Río de la Plata*, Buenos Aires, 1870; y LUDOVICO GARCÍA DE LOYDI, *ob. cit.*

Núñez dice que a la mañana del día 25 se reunieron unos mil hombres y a la tarde unos mil quinientos (IGNACIO NÚÑEZ, *Noticias históricas de la República Argentina*, Buenos Aires, 1898, págs. 8 y 10.

Floridablanca en su respuesta a Aranda, había dado la clave de la inacción de la metrópoli ante la prevista emancipación de las colonias: “El remedio de la América por los medios que V. E. dice sueña, es mas para deseado que para conseguido. Por más que chillen los indianos y los que han estado allá, crea V. E. que nuestras Indias están mejor ahora que nunca, y sus grandes desórdenes son tan añejos, arraigado y universales, que no pueden evitarse en un siglo de buen gobierno, ni la gran distancia permitirá jamás el remedio radical ⁽¹⁴⁾.”

ENRIQUE C. CORBELLINI

⁽¹⁴⁾ LAFUENTE MODESTO: *Historia general de España*, Bs. As., 1888, p. 6603.